

razon : el Cristianismo débil en su principio, y que no tenia sino algunos que otros secuaces, arrostra y hace frente á todo el imperio conjurado y armado en su daño, y se aumenta y multiplica por los mismos esfuerzos que se hacen para aniquilarle. ¡Qué contraste tan admirable! ¿Nuestros adversarios han previsto el paralelo á que nos daban ocasion con sus charlatanerías? Las leyes de Constantino pudieron haber servido para hacer nuevas conversiones; pero sirvieron mucho mas para descubrir y manifestar las antiguas : entonces se vieron claramente los progresos que el Cristianismo habia hecho en los reinados precedentes. La multitud misma, y la rapidez de las conversiones hacen ver que la obra estaba ya muy adelantada, y que infinito número de personas no esperaba mas que el momento de declararse.

4º Un hombre, bien conocido por su odio contra toda religion, pero vencido por la verdad y evidencia de los hechos, ha discurrido sobre esta materia de un modo sumamente gloriosísimo para el Cristianismo (*Hist. phil. et polit. du commerce, etc.* t. 1, p. 2). « No se veia ya, » dice, en el viejo paganismo mas que las fábulas de la » infancia, la ineptia ó la malicia de sus dioses, la avaricia de sus sacerdotes, la infamia y vicios de los » Reyes, que sostenian estos vicios y estos sacerdotes. » Entonces el pueblo, que no conocia mas que sus tiranos en la tierra, buscó un asilo en el cielo. El Cristianismo vino á consolarle, y á enseñarle á sufrir. » Mientras que la vejaciones y las disoluciones del » no moraban é iban destruyendo el paganismo con el » imperio, los súbditos oprimidos y despojados, que habian abrazado los nuevos dogmas, completaban esta » ruina por el ejemplo de todas las virtudes. »

ARTÍCULO IV.

Los mártires.

§ 1.

362. *P.* ¿Los mártires son un argumento sólido de la verdad del Christianismo?

R. Se puede decir que los mártires son mas bien testigos, que pruebas de la verdad de su fe; pero 1º, pues que la multitud y la autoridad de los testigos son una prueba excelente cuando se trata de hechos, puede decirse, que los mártires son un grande argumento en favor del Cristianismo. 2º Cualquiera que considere sin preocupacion la duracion, extension, y horrores de las carnicerías, que se hicieron en la Iglesia naciente, se verá obligado á reconocer en la firmeza y constancia de sus héroes una virtud sobrenatural, un valor infuso, y emanado del mismo Dios, é invencible como él.

363. *P.* ¿No han tenido todas las Religiones sus mártires? ¿no se ha visto á los filósofos formar el martirologio de todas las naciones?

R. En primer lugar, suplicamos á tan eruditos filósofos, se sirvan darnos el martirologio de los Gentiles, de los Mahometanos, Chinos, Talopuines, etc.; es decir, el catálogo de los que en estos pueblos han muerto única y precisamente por atestiguar la santidad de su culto, pudiendo librarse de la muerte con solo renunciar á su Religion. En el ínterin que esperamos el éxito de sus tareas é investigaciones, observaremos, que los que comparan los mártires del error con los mártires del Cristianismo, ni han consultado la historia, ni la buena fe y sinceridad, ni las reglas de discurrir bien. Primeramente, en cada secta estos mártires son muy pocos², y los

¹ Un literato aplicaba con bastante exactitud á la Religion cristiana aquellos hermosos versos de Horacio :

Duris ut illex tonsa bipennibus
Nigræ feraci frondis in Alcido,
Per damna, per cædes, ab ipso
Ducit opes, animumque ferro.
Mersis profundo, pulchrior evenit :
Luctere, multa prouit integrum
Cum laude victorem.

² Además de la obstinacion natural de los fanáticos, nada hay que nos deba retraer de creer con Tertuliano que el demonio condensaba las tinieblas por donde caminan estos miserables, y aumentaba su obstinacion para tener él tambien sus mártires : *A diabolo scilicet, cujus sunt partes intervèntendi veritatem.... habet et virgines, habet et continentes* (*L. de proscript.*, c. 40).

de la Iglesia Católica son innumerables, como lo hemos demostrado con los testimonios de los mismos paganos; y pueden verse además las *verdaderas Actas de los mártires, recogidas y corregidas con presencia de muchos manuscritos, bajo el título: Acta primorum martyrum sincera, et selecta, por el P. Teodorico Ruynard, traducidas al francés por M. Drouet de Maupertuis* ¹, 1768. El mismo autor del *Diccionario filosófico* nos dice, que el P. Ruynard es un hombre tan instruido, como zeloso y apreciable. Los que han querido refutarle, han sido vencidos de ignorancia, ó de mala fe ².

2º Los mártires de la Iglesia Católica en gran parte han sido personas ilustres por su condicion, ciencia, virtudes; hombres sabios, filósofos, magistrados, etc.

3º Los sentimientos que los acompañaron en la muerte, nada tuvieron de los caracteres de fanatismo. Sufrir con paciencia, y aun con alegría; manifestar entre los mas crueles tormentos mansedumbre, y tranquilidad de espíritu, una fe viva, una caridad, que se extendia hasta á sus mismos verdugos, no son seguramenté señales de un caprichamiento, y obstinacion supersticiosa. Estas cualidades de nuestros mártires deben hacer avergonzarse á los filósofos, que han querido comparar con ellos los salvajes de la América, que insultan á la muerte en los arrebatos del furor, y de una desesperacion insensata ³.

4º Nuestros mártires han muerto por un culto demostrado verdadero; y los otros por doctrinas conocidamente falsas, y demostradas como tales.

5º Estos últimos morian por un culto, en el cual ha-

¹ Tambien lo están al castellano.

² Véanse las doctas obras de M. Davis, y de Spedalieri contra la insulsa repetición del *Exámen crítico*, publicado en inglés por Gibbon, al fin de su *Historia de la decadencia del imperio romano*.

³ « ¿Dónde está el hombre, pregunta J. J. Rousseau; dónde el sabio que sepa obrar, padecer y morir sin debilidad y sin ostentacion (*Émile*, t. III, p. 179). » Estos dos caracteres de la muerte de los mártires cristianos *sin debilidad y sin ostentacion*, son la piedra de toque, que convence de falsos á todos los mártires del fanatismo.

bian sido criados desde la infancia, y que no creían verdadero sino por efecto de su educacion. Los primeros morian por una Religión contraria á todas sus antiguas preocupaciones, y que habian abrazado por eleccion, con conocimiento de causa, y aun sabiendo que abrazándola, se exponian á la muerte: y por consiguiente la obstinacion y preocupacion no podian cegarlos. Os mofois de nuestra Religión, decia Tertuliano (*Apolog.* c. 18) á los Gentiles; tambien hubo un tiempo en que nosotros nos mofoamos de ella, como vosotros lo haceis ahora; pero la reflexion y el exámen nos han corregido: no somos Cristianos por preocupacion de nacimiento; lo somos por eleccion y convencimiento de la verdad: *Fuunt, non nascuntur Christiani*.

6º Los Apóstoles y discípulos de Jesucristo, morian por atestiguar que habian visto con sus mismos ojos á este Señor resucitado; que le habian hablado, oído, tocado; este no era un dogma especulativo, sino un hecho verificado por el testimonio de los sentidos: *Non enim possumus quæ vidimus, et audivimus non loqui* (Act. iv, 20). Puede muy bien un hombre obstinarse en una opinion, pero un hombre sensato no puede sacrificar su vida por testificar que ha visto lo que realmente no ha visto (*supra* n. 326).

364. P. Aunque esta respuesta parezca apoyada en toda la autoridad de la Historia, ¿no se podria dudar de algunas de las diferencias que supone? Por ejemplo, entre los Protestantes ¿no ha habido hombres sabios y virtuosos, que han muerto por su creencia? ¿Es por otra parte seguro, que los Apóstoles sufrieron el martirio por atestiguar la verdad de su predicacion?

R. Aun cuando todas las diferencias que acabamos de notar no se verificasen respecto de todos los mártires del error, la totalidad formaria siempre un muro de separacion que ninguna cosa seria capaz de trastornar ni destruir. Pero 1º los protestantes sinceros confiesan, que los mas ilustres de sus pretendidos mártires han sido condenados por otros motivos que el de la Religión que profesaban: Cranmer, por ejemplo, primado de Inglaterra, cuyas trapacerías, malas costumbres, y variaciones en materia de Religión son bien conocidas: Claudio

Brousson, reo convicto de conspiracion contra el Estado, etc. En estos martirologios se hallan rebeldes, mártires forçados, cuyos procesos criminales forman el contraste mas singular con las Actas de nuestros mártires. — 2º Por lo que hace á la muerte de los Apóstoles, no se puede dudar del martirio de Santiago el mayor, del de San Pedro y San Pablo, de Santiago, obispo de Jerusalem. De todos los otros nos lo aseguran San Policarpo, y San Clemente de Alejandria: su testimonio, y la tradicion constante de los Cristianos, de que todos fueron mártires, suplen abundantemente á la autenticidad que falta á sus historias particulares. Ninguno de los autores antiguos ha negado el martirio de los Apóstoles, excepto un hereje Valentiniano, llamado Heracleon, el cual condenaba la muerte por Jesucristo. Lo mismo se debe entender y decir de sus inmediatos discípulos, los cuales deben considerarse como testigos oculares de la historia de Jesucristo, y cuyo martirio está comprobado con monumentos irrecusables. Muchos de ellos están puestos en el número de los mártires en el Cónon de la Misa, que es antiquísimo. — Pero aun cuando los Apóstoles y discípulos no hubiesen sufrido el martirio, á lo menos es innegable que estaban prontos á sufrirlo, y que muchas veces se expusieron á él, sin variar en su testimonio en medio de los mayores peligros. Ellos sufrieron prisiones, azotes, hambre, sed, los tratamientos mas duros, y mas ignominiosos, y su vida no fué sino una serie de persecuciones (*Act. v, 41*) y de trabajos; y para servirme de la expresion de San Pablo, una muerte continua (*I Cor. xv*). Tiene pues este testimonio toda la fuerza que se puede desear en esta clase de pruebas.

§ 2.

365. *P.* Además del testimonio, que los verdaderos Mártires dan á la verdadera Religion, ¿toda especie de mártires no sugiere alguna otra reflexion sencilla y sólida contra los filósofos, ateos y deistas?

R. Los filósofos, buscando mártires en todas las religiones, no advierten que todos estos mártires, verdaderos ó falsos, prueban contra ellos cuan independiente

es la persuasion de otra vida de cualquiera culto particular, y de las alteraciones que el espíritu de partido ha introducido (en su dictámen) en los dogmas del Cristianismo: cuan profundamente grabadas están en el corazón de los hombres en general aquellos santos principios, de que *todo se debe sacrificar á la verdadera fe; que conviene obedecer antes á Dios que á los hombres; que es preciosa á los ojos de Dios la muerte de sus siervos; que el sabrá indemnizarnos de todos los males padecidos; y recompensar los trabajos que los hombres les hayan causado*, etc. La falsa aplicacion que han hecho á su fe algunos sectarios prueba su fuerza y su verdad. En fin, puede decirse de todos los mártires, lo que decia el P. San Ambrosio, hablando de los verdaderos: *Mientras mas se aviva en ellos el sufrimiento y la tolerancia de los tormentos y la muerte, mas claramente sin duda se comprueba, y consolida la esperanza de la inmortalidad. En manera alguna expondrían tan constantemente esta vida temporal, si no estuviesen seguros de que habia otra, donde serían bienaventurados*¹.

ARTÍCULO V.

De los Santos Padres.

366. *P.* ¿El testimonio de los Santos Padres de la Iglesia, aunque muchos de ellos no hayan sufrido la muerte por Jesucristo, se puede comparar, y decirse casi de igual valor al de los mártires?

R. Atendida la vida, y escritos de estos grandes hombres, es innegable que ellos estaban efectivamente dispuestos á confirmar con su sangre la verdad del Cristianismo, y que lo han enseñado y propagado con todo el zelo, y valor de los mártires. Pero prescindiendo de esta disposicion, sus grandes conocimientos, y el sumo cuidado que tuvieron de examinar á fondo las pruebas de

¹ Dum mortis tolerantia indubitanter excipitur, spes immortalitatis evidenter asseritur. Nunquam enim hanc vitam tam constanter expenderent, nisi esse alteram perfectá definitione sentirent (*In Nat. SS. Nazarii et Celsi*).

la Religión, son ya una especie de argumento, una gran prevención contra la incredulidad. En efecto, ¿es creíble que un Crisóstomo, un Jerónimo, un Agustino, un Tertuliano, un Orígenes hayan ignorado las pruebas de una Religión, á la cual estaban tan íntima y eficazmente adictos? En el *tratado* de este último *contra Célso*, se hallan casi todos los argumentos de los incrédulos del día, juntamente con las respuestas á ellos, de las cuales se sirven hoy mismo los Apologistas de la Religión. Además, muchos de ellos habian sido Gentiles, como San Justino, Tertuliano, Clemente de Alejandría, San Cipriano, etc.: y los filósofos ya se sabe que no se dan por convencidos sino cuando se ven oprimidos con la fuerza y peso de las razones.... El paganismo era despreciado de todos los grandes hombres de la antigüedad; los Sócrates, los Platones, Aristóteles, y Cicerones se reían de él: al contrario, el Cristianismo ha tenido siempre á su favor los votos de los hombres ilustrados. Muéstrennos Ambrosios, Basilio, Gregorios Naciancenos, Atanasios, Cirilos, etc., defensores del Alcoran, y de las supersticiones chinas. Pero lo que sobre todo merece observarse en las obras de los Padres, es aquel consentimiento universal, aquella unidad de doctrina, que forma una serie de tradicion tan indivisible como la misma verdad; aquel concierto unánime en tan gran número de doctores en lo sustancial de las cosas, sobre todos los puntos principales, y en cada artículo de nuestra fe reconocido por la Iglesia. Ni la distancia de los lugares que habitaron en las tres partes del mundo entonces conocido; ni la diferencia de costumbres, é ideas, como de idioma, é índole; ni lo remoto de los tiempos, que sube desde esta época hasta los primeros discípulos de los Apóstoles; nada hace poner la menor diversidad en la enseñanza pública, ni en la creencia; nada hay que impida, ó por mejor decir, que no concurra á formar esta cadena de tradicion; oráculo no menos seguro que el depósito de las revelaciones de la Escritura, de la que es como complemento. En esta muchedumbre inmensa de tantos hombres grandes, se notan, sí, la rica variedad de los talentos naturales, como dones recibidos del cielo; admírase, particularmente en San Atanasio, la sa-

gacidad, agudeza, y fuerza del raciocinio; la unción y dulzura del estilo en San Ambrosio; la grandiosa y patética elocuencia en el Crisóstomo; la precision en San Basilio; la sublimidad unida á la exactitud en Gregorio de Nacianzo, dicho por esta razon el teólogo; el nervio y erudicion en Jerónimo; en fin, todo lo que la mayor parte de estos dotes juntos tiene de mas útil para la Iglesia, empleado sucesivamente por Agustino; pero al mismo tiempo se halla una invariable conformidad de doctrina en todos ellos, la mas perfecta uniformidad en todos los puntos definidos por la Iglesia, á pesar de lo difícil de las materias, y del prurito tan natural al hombre, de decir lo que no han dicho los otros, ó añadir algo á lo que dijeron; de inventar, ó innovar en los dogmas ó en la moral; cosas que no cayendo bajo los sentidos, dejan un campo enteramente libre á la imaginacion. ¿Puede no admirarse una conformidad de esta naturaleza, cuando se consideran los cismas de la filosofía, la cual no ha sabido concórdar dos hombres sobre un sistema, ni mantener aun el mismo sistema á veces en un hombre solo?

367. *P.* Pero en los escritos de estos hombres célebres ¿no se hallan errores, discursos poco fundados, alegorías violentas, reflexiones demasiado místicas?

R. Cualesquiera que sean los defectos que puedan hallarse en los escritos de los Padres, no puede negárseles grandes conocimientos, una fuerza y extension de ingenio, que no hubiera podido subsistir con la adhesion tan fija y firme á la Religión de Jesucristo, si esta no fuese superior á las pruebas del mas rígido exámen. Nadie ha pretendido jamás atribuirles el privilegio de infalibles; pero sus errores son de poca consecuencia, y en nada debilitan el testimonio que han dado á la fe. Es cierto que en sus multiplicadas, grandes y largas obras hay desigualdades; pero no se debe perder de vista el gusto de los siglos en que escribieron; y lo que merece aun mayor consideracion, es que sus escritos son infinitamente mas sólidos y mas agradables que los de los autores profanos de la misma edad¹. Las alusiones y ale-

1 ; Qué diferencia, por ejemplo, del modo afectado, vano y pueril

gorias poco naturales, que se critican en algunos, no estaban propiamente destinadas para explicar el texto sagrado, ni servir de pruebas de las verdades negadas por los infieles. Estos hombres zelosos se aprovechaban de todos los medios, y de todas las ocasiones de instruir y edificar á los fieles, de mover á la virtud, y hablar de los misterios de la fe, y de la moral del Evangelio¹... La santa Escritura les era tan familiar, y tomaban tanto placer en recitar sus palabras, que muchas veces hicieron aplicaciones ingeniosas, sin pretender derogar por eso á su sentido literal. Los Crisóstomos, los Leones, Ciprianos, Tertulianos, y otros muchos no necesitan de esta justificación, porque la fuerza de su raciocinio iguala á la rapidez de su elocuencia. Vicente de Lerin² decia de este último, que *sus escritos contenian tantas sentencias como palabras; y que estas sentencias eran otras tantas victorias.*

de Libanio, al sentido exacto y jugoso, á la precision, energía y verdadero aticismo de San Basilio! Qué diversidad no se nota, aun en medio de la decadencia de Occidente, entre el pedantismo de Symmaco, y la amenidad natural, noble y pura sencillez de un San Ambrosio!

¹ Quid enim? dum omni modo, sive per occasionem, sive per veritatem Christus annuntietur (*Philipp.* i, 18). Ex his quæ animus novit, surgat ad incognita, quæ non novit: quatenus exemplo visibilium se ad invisibilia rapiat, et per ea, quæ usu didicit, quasi confricatus incalescat (*Gregorio Magno, homilia 11 in Evangelium.*). — Véase la *Apología de los PP. de Ceillier contra Barbeyrac*. Todo lo que este fogoso protestante, igualmente que Daleo y otros de la misma comunión, han dicho para debilitar la autoridad de los PP., y el respeto que siempre se les ha tenido en la Iglesia de Dios, no prueba mas que la imposibilidad, reconocida por todos los sectarios, de acomodar la doctrina de aquellos con sus nuevas opiniones. Daleo fué vigorosamente refutado por un anglicano, que se unió á los católicos, contra el Tratado de este ministro tan injurioso á los PP. (*M. William Reeves*, autor de una traduccion inglesa de las Apologías de San Justino, Tertuliano, etc.) La oposicion general de la doctrina de los PP. con la de las nuevas sectas, está reconocida por los mas doctos protestantes. Casaubon confesaba que la autoridad de los PP. le oprimia. Du Moulin se vió reducido á tachar de supuestas sus obras mas auténticas. Tomás James se imaginaba que los católicos las habian alterado todas.

ARTÍCULO VI.

De los efectos del Cristianismo.

§ 1.

368. *P.* ¿Cuál es la confutacion mas sensible y victoriosa de todos los errores de la incredulidad?

R. La conducta de un hombre, que vive segun las leyes del Cristianismo. No hay cosa que demuestre mas bien la debilidad de la filosofia profana, como el observar á un verdadero cristiano, que expresa en sus costumbres el espíritu de la ley que profesa. Entonces se puede con verdad decir, que el árbol se conoce por los frutos, y la causa por sus efectos. Las palabras de los filósofos son magnificas, decia San Cipriano, pero la vida de los cristianos es una filosofia práctica: de un lado están los discursos, del otro los hechos¹. Un filósofo tan poco consiguiente (*J. J. Rousseau*), que refuta sus mismos errores, rinde un homenaje preciosísimo á esta verdad: « El último recurso que se debe usar contra el incrédulo, » dice, es moverle, mostrándole un ejemplo que le » atraiga, haciéndole tan amable la Religion que no » pueda resistir... ¡Qué argumento mas poderoso contra » el incrédulo que la vida de un cristiano! ¡Qué escena » para su corazón, cuando sus amigos, su esposa, sus » hijos concurren todos á instruirle, edificándole! » ¡Cuando sin predicarle á Dios en sus razonamientos, » se lo muestran en las acciones que les inspira, en las » virtudes de que es autor, en el contento que se siente » en agradarle! ¡Cuándo verá brillar en su casa esta » imagen del Paraiso! ¡Cuándo llegará el dia en que se » vea obligado á decir: no, el hombre no es tal por su » naturaleza, aquí hay alguna cosa mas que humana². »

¹ Nos autem, fratres dilectissimi, qui philosophi non verbis, sed factis sumus, nec vestitu sapientiam, sed veritate præferimus, qui virtutum conscientiam magis quam jactantiam novimus: qui non loquimur magna, sed vivimus quasi servi, et cultores Dei. *Cyprian. de bono patientiæ. Serm. III.*

² Cuando la filosofia es prudente, su lenguaje se asemeja al de los